

equivocos; de aquí las componendas; de aquí cierta complacencia con las debilidades humanas; de aquí ciertas reservas mentales; de aquí cierta laxitud con el error y con el mal, que han hecho tan sospechosa de flaquezas en todo lo relativo á la moral, esa Orden de Jesus, para la cual en teniendo devocion, y devocion material y externa, parece que se tienen á una ya todas las virtudes.

Indudablemente la humanidad necesitaba una religion cada vez mas espiritualista y cada vez mas racional por aquellos tiempos, en que fundándose la política moderna, erigiéndose los grandes Estados; dilatada cada dia mas la industria; crecida por los descubrimientos la tierra; puesta en crédito grande la economía y rehabilitado el trabajo; extendidos los horizontes del comercio; desposado con la naturaleza el arte, necesitábase una doctrina y una institucion de tendencias espirituales, que mantuviese alto, muy alto, el ideal; y vivo, muy vivo el espíritu; teniendo cercana, muy cercana del hombre la luz perenne de Dios. En lugar de esto, el jesuitismo se apoderó de la Iglesia, y fió en una organizacion material y militar lo que debia fiarse á las fuerzas vivas del alma; y opuso el absolutismo pontificio á las expansiones de la conciencia; y dió ejércitos cuando necesitábamos reveladores; y trató de dominar al mundo en vez de moralizarlo; é hizo de un mísero mortal un Dios vivo; y puso por todo fundamento á la ciencia las probabilidades, como por todo fundamento á la moral el triste casuismo; encendiendo las guerras religiosas y fomentando una horrible reaccion cuyas sombras de muerte hielan y oscurecen todavía las almas y contristan á cuantos quisieran borrar manchas espesas en las páginas inmortales de la humana historia.

CAPITULO XIII

COMIENZOS DE LA REACCION UNIVERSAL

El gran período de la revolucion religiosa comienza en el momento mismo, en que comienza con viva fuerza y soberano empuje la retrogradacion universal. Las fases de un astro, las estaciones de un año, las edades varias de una vida, los términos de una serie no se coordinan con tanta lógica y en sistema tan riguroso cual esta revolucion religiosa, que comienza en cuanto la teocracia declina con la muerte de Inocencio III, y que tiene su definitiva solucion radical en las instituciones modernas, democráticas unas, doctrinarias otras, parlamentarias y representativas todas, emanadas á una del examen libre y de la emancipacion espiritual. La revolucion religiosa tuvo sus precursores en aquel abate Joaquin de Flora, cuyos extáticos ojos veian y cuyos labios elocuentes anunciaban el Evangelio eternal; en el apóstol San Francisco, renovador de la idea cristiana, tal como saliera de los labios del Redentor, y aplicada, como una nueva redencion, á los opresores y á los débiles; en Gerson, que proponia el gobierno democrático en la Iglesia para evitar el absolutismo pontificio en la cristiandad y que llevaba la voz de los grandes concilios ecuménicos. Y luego, despues de todos estos precursores, tuvo la revolucion religiosa sus revolucionarios, que se dilatan desde Savonarola, el gran conciliador entre la libertad y la Iglesia, hasta Calvino y sus sectarios, los grandes fundadores de la democracia y de la República cristiana fuera de la Iglesia; y como despues de los precursores, vinieron los revolucionarios, despues de los revolucionarios, vinieron los reaccionarios. Y despues de haber pasado la revolucion religiosa por todas estas fases, natu-

ralmente sobreviene la reaccion representada por el jesuitismo, y por Felipe II, y por María la Sanguinaria, y por Carlos IX, y por Paulo IV, y por Pio V, y por tantos otros que, no obstante su fuerza y su pujanza irresistibles, en ningun modo aciertan á evitar que la filosofía se formule independiente de la Iglesia con Bacon y con Descartes; baje desde las altas cimas del pensamiento al sentido comun humano con Voltaire y los enciclopedistas; pase á la política por las revoluciones americana y francesa henchidas de ideas nuevas; y se concrete y encarne maravillosamente, y con gran vigor, en los dos principios reinantes hoy sobre el mundo; á saber, los derechos naturales del hombre y la soberanía inmanente del pueblo.

Inútil pretender que tales épocas lógicas, encadenadas naturalmente, se precipiten ó se retarden. Su fuerza está en su lento desarrollo. Así como desde la providencial aparicion del gran Abelardo hasta el triunfo de la filosofía en Descartes pasan cinco siglos, aunque tales revoluciones se verifiquen allá en el puro espacio de la conciencia, y por medio de ideas mucho mas elevadas y fuertes que los hechos, desde la providencial aparicion del abate Joaquin de Flora hasta el triunfo de los principios democráticos y evangélicos en las revoluciones de América y Francia, se pasan seis siglos: pues no de otra suerte se van formando las grandes creaciones geológicas en la tierra y los grandes institutos sociales en la historia. Indudablemente, así como no puede, no, evitarse que traiga el período de los precursores á los revolucionarios, no puede tampoco evitarse que traiga el período de los revolucionarios á los retrógrados. El pensamiento humano jamás podrá medir todo cuanto han hecho los trascendentales retrógrados conocidos con el nombre de jesuitas por la revolucion, á la cual denostaban y combatian. Ellos dieron al catolicismo un carácter práctico, positivo, con sus tendencias económicas y políticas; con su moral casuística y utilitaria. Ellos, en el combate contra la gracia y la predestinacion luteranas, extendieron los gérmenes de la voluntad libre mal de su grado, como los protestantes mal de su grado tambien habian esparcido los gérmenes de la razon libre con la exaltacion del criterio individual. Ellos, al fin y al cabo, representaban una fase del alma y una fatalidad del progreso verdaderamente inevitables. Las revoluciones humanas no pasan de la idealidad á la realidad, y del período de las profecías al período de las

soluciones, sino filtrándose por la reaccion. Esta fase de la historia y de la vida vamos á comprender y á estudiar ahora, la fase universal de la reaccion religiosa indispensable al conocimiento completo de la revolucion universal.

Hay un monumento en nuestra España que representa, cual ningun otro, el comienzo de la reaccion religiosa. Este monumento es el monasterio de Yuste. Alzado en la Vera de Palencia, entre los arroyos parleros que cantan y los naranjales floridos que huelen; al pié de montañas azules, cubiertas en su cima por los blancos ventisqueros eternos, y en sus faldas por los gigantes castañares; encabezando una vega riente y deliciosa, donde la humedad y el calor producen á porfía las sabrosas frutas y las olientes flores meridionales; Yuste representa con verdad, el término postrero del Renacimiento y su alegría; como representa el Escorial, con sus altas cúpulas, con sus colosales arcos, y con sus austeras galerías; inmenso como un catafalco del pensamiento humano y alzado sobre una parrilla, ese instrumento de los inquisidores, el triunfo momentáneo, pero avasallador, de la reaccion religiosa. Cuando Carlos V anunció que trocaba el trono por el retiro, creyeronle muchos de sus contemporáneos, y entre otros aquel ceñudo Pontífice, Paulo IV, que tanto le odiara siempre, víctima de la enfermedad, cuyos asaltos aquejaron en sus últimos dias á la reina doña Juana su madre, víctima de la demencia. Y al mismo tiempo el interés monástico, tan dado á forjar una tradicion legendaria, en cuyo fondo se busca el propio lucro, ha extendido y divulgado la idea de que Carlos se desvistió su púrpura y se vistió un sayal; se desciñó los riquísimos collares y se ciñó la pesada cogulla; extático cual un asceta, macerado cual un penitente; con el cilicio en las carnes y la ceniza en la frente; cuando llevó hasta el fin de sus dias los ricos brocados, con que se presentára en las primeras ciudades europeas durante treinta años; y vivió entre tapices, cuadros, joyas, estatuas, como cumplía de suyo á un héroe del sensual y artístico Renacimiento, moribundo como él, despues de haber iniciado con gloria, durante un siglo entero, la educacion estética del espíritu moderno en sus maravillosos albores.

Carlos V no tomó la resolucion de su retiro súbitamente y por una voluntad caprichosa. Llevábala desde bien temprana edad en una invencible y natural melancolía. No solamente le inclinaba su complexion al apartamiento

del mundo; inclinábale también el vértigo de las alturas sociales, donde se adquiere tanta tristeza por los triunfos como por los contratiempos. Así, Carlos V sintió igual inclinación á retirarse del trono en los momentos mas felices y en los momentos mas adversos de su vida. Cuando, vencedor en Túnez, parecía, no árbitro de la cristiandad, no, dueño del planeta, que se diversificaba en archipiélagos y en continentes recién descubiertos, como para tener la satisfacción de ofrecérselos, Carlos V sintió ya que los favores de la fortuna le amargaban con su excesivo dulzor los labios; y le traían la sombra compañera de toda felicidad, el hastío. Entonces, vestido como aun lo vemos en la incomparable armería de Madrid, imitando las armaduras antiguas; con sus rodillas desnudas é hincadas en el vientre de brioso alazan del desierto; con su casco semejante al que habían visto flamear los enemigos de Grecia sobre la cabeza de Alejandro en la batalla de Arbelas; con su peto de acero cincelado por buriles helénicos; Emperador de Europa, Dios de América, victorioso en Africa, despues de haber atado á la cola de su caballo Italia con Alemania, así como tenido prisioneros un rey de Francia y un Papa de Roma; bien podia creer que las fuerzas humanas en toda su extension y en toda su intensidad no llegaban mas léjos, y conformarse con solitario retiro, especie de sepulcro anticipado á una vida, la cual caía en los sueños de la muerte, y necesitaba ver cómo se extendía su obra inmensa en el espacio y en el tiempo su inextinguible nombre. Y así como la felicidad le impulsó al apartamiento monástico, también le impulsó la desgracia. En las alturas vertiginosas del trono había encontrado una compañera del alma. Esta mujer virtuosa y hermosísima le había traído de Lisboa, no solo un tesoro de prendas incomparables, sino también un tesoro de indecibles riquezas encontradas por las épicas navegaciones lusitanas en el seno de las Indias orientales. No hay sino ir al Escorial para ver el retrato de Isabel recién casada pintado por Lucas Cranagh ó ir al Museo de Madrid para ver el retrato de Isabel, esposa y madre ya, en el esplendor de su autoridad y de su gloria, pintado por Tiziano Vezzello. Entre aquellos brocados rozagantes, bajo la púrpura imperial, en la especie de profundo deslumbramiento producido por la rica pedrería esparramada sobre su figura, nótanse las virtudes domésticas predominantes en Isabel de Portugal sobre las virtudes régias é imperiales.

Sus correctas facciones revelan una serenidad impropia del trono, y su delgadez y la tristeza profundísima de sus ojos claros un deseo casi instintivo de cambiar las coronas del mundo por un tranquilo y recatado hogar, en que pudiese aislarse, huyendo de las grandezas del poder, con su esposo y con sus hijos. Nadie necesita de una mujer de este temple como un hombre nacido para sentir el vértigo de las humanas grandezas. Y tan etéreo ángel se le dispó en los brazos y se le volvió á la gloria dejándole sumido en tal tristeza, que no pudiendo compartir el sepulcro de sus helados restos, pensó en abrirse un cenobio para esperar de rodillas el momento de unirse con aquella incomparable alma en el seno tranquilo de la gloria. Cuando, vuelto de Granada, donde había ido á enterrar en la capilla de los reyes el cadáver de la emperatriz, Francisco de Borja contó al Emperador, que, viendo tanta hermosura en tanta podredumbre convertida y tanto poder encerrado en mísero ataúd, había resuelto abrazar la vida religiosa; el emperador le respondió que tenía él á su vez iguales propósitos y pensaba reducirse y encerrarse pronto en las estrecheces de un claustro para esperar tranquilo el doble juicio de la Divinidad y de la Historia.

Bien es verdad que la complexion débil y enfermiza del Emperador parecía como un límite ordinario y vulgar opuesto á su omnipotencia por la misma naturaleza. En sus mocedades, acerados los músculos y ensordecidos los nervios por continuos ejercicios equivalentes á una saludable gimnasia, jugaba con destreza grande á la sortija, corría con rapidez las lanzas, jugaba con éxito próspero á la pelota y á la barra, seguía las alimañas por los bosques en arriesgadas cacerías, y hasta mataba toros como consumado espada, sobre la férvida arena de una plaza. Naturalmente, las complicaciones de la política redujéronle á ejercitarse tan solo en los campos de batalla y robaron para la cabeza la vida y el calor esparcidos antes en todos los miembros del cuerpo. Carlos V gustaba mucho de la mesa; y mas aun que de la mesa, gustaba Carlos V de las mujeres. La mezcla difícil de los placeres sensuales y de las meditaciones constantes enflaqueció sus fuerzas y quebrantó su salud. Conformadas irregularmente sus mandíbulas, esta irregularidad contribuía de suyo á las malas digestiones, porque le vedaba una buena masticación, teniendo que remitir al estómago y sus funciones el oficio y las funciones